

EL MOTÍN



Año XXXIV.—Madrid, Jueves 3 Diciembre 1914.—Número 49

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Andando por Madrid

Saneamiento municipal

Un día *El Mentidero*, otro día *El Mundo*, otro *La Tribuna*, el Sr. Rivas Mateos en el Congreso, el señor Ruiz Jimenez en el Senado, han iniciado una campaña de saneamiento municipal, necesaria y urgente.

No seré yo quien la censure, debe continuar y seguir citando nombres y hechos.

Ya sabemos que los altos empleados se buscan en el presupuesto varios sueldecitos para llevarse unos miserables treinta mil duros, que es lo que se recauda á los vendedores ambulantes que tienen que pasar diez horas á la intemperie para ganar 5 ó 6 reales, y de éstos les descuentan el arbitrio municipal 15 céntimos, para esos *pobrecitos* empleados que se hacen casas lujosas, en terrenos que fueron del Ayuntamiento.

A medida que se profundiza más y se detalla más, van saliendo á la superficie nombres y asuntos, haciendo caer reputaciones que el tapujo y la hipocresía, más que el mérito, consagraban.

Pero no basta; es preciso que se aclare todo, porque en el Ayuntamiento también se dicen cosas y hay quien asegura que tal periódico hace la campaña porque no se dió un destino al redactor que hacía la información municipal, que tal otro amenazó con campaña de escándalo si no le daban tal cosa; me aseguran (yo no estoy al detalle de las

cosas íntimas del Municipio) que casi todos los periodistas que hacen información en la Casa de la Villa, tienen por lo menos un sueldo y alguno llega á cobrar por cuatro conceptos.

Para que la campaña resulte de verdadera MORALIDAD, es preciso que los MORALIZADORES sean MORALES, porque de otro modo resultaría un chantaje indecente.

¡Si detrás de todo este escándalo no hubiese más que un destino ó una concesión, sería cosa de romper la pluma y no llamarse periodista!

Yo soy algo suspicaz, no me ciega el oropel, busco razones que justifiquen determinadas aptitudes y observo que siempre en vísperas de aprobación de presupuestos municipales se hacen campañas ruidosas. Esto me recuerda al sacamuelas ambulante que llevaba en el coche una murga con instrumentos de metal, bombo y platillos, y cuando subía al coche algún *paciente*, al mismo tiempo que cogía la muela con el forceps, la murga atronaba el espacio, y cuando sacaba la muela y la enseñaba al público decía: «Vean ustedes; ¡sin dolor... sin dolor!...»

¿No podrá ser que todo este ruido sea la murga, el *paciente* el pueblo de Madrid, la *muela* los nuevos impuestos y el *dentista* el Ayuntamiento?

He tratado de convencerme á mí mismo de que no es así, he vuelto á leer los artículos que publiqué el 16 de Septiembre y el 8 de Octubre en *EL MOTÍN* y los nuevos presupuestos, y... no me he convencido. Vean ustedes la lista de impuestos que vamos á GOZAR en 1915.

1.º Pesas y medidas.—Pagan las verduras y hortalizas, las aceitunas, las frutas; las conservas vegetales, el cascajo, las aves, la caza, los pescados, las carnes, los huevos. El impuesto se cobra en las inspecciones sanitarias (antes fielatos).

¿Qué diferencia hay con el SUPRIMIDO impuesto de consumos?

Además tienen que pagar los derechos de mercado, alquiler del suelo que ocupe el vendedor y otras gabelas que graban la mercancía, en unión de la exclusiva que se concede á los acaparadores con la INSCRIPCION.

Pagarán contribución LOS PERROS, las sillas en los paseos, las cortinas, toldos y marquesinas, en tiendas y en BALCONES.

Pagarán los que rieguen con aguas

fecales, los que recogen trapos y basuras en las vías públicas. Pagan las casas por utilizar el alcantarillado.

Los vendedores ambulantes, los muertos (cada muerto cuesta á la familia 10 ó 15 duros por lo menos.)

Paga el consumo de agua de los antiguos viajes, hacer una casa, arreglarla, poner valla ó cerca, por colocar montacargas y ascensores, por colocar toldos y cortinas (además del impuesto) por construir cobertizos, por revocar, por pintar un balcón; también se paga licencia por alquilar una vivienda, cobertizo ó tienda, licencia por LIMPIAR la alcantarilla de acometida, por LIMPIAR un pozo negro, por acometer aguas potables, por ingerir en las tuberías del Ayuntamiento; (además se paga el pavimento por separado y la cala también por separado).

Se paga por colocar un motor chico ó grande.

Pagan licencia los coches, carros, camiones, carretas, ómnibus, etcétera, para arreglo del pavimento!! y no crean ustedes que pagan poco: cada *simón* abona desde 42,75 pesetas al mes á 12,68 donde menos.

Los coches particulares y automóviles pagan: por licencia (203,52 al año) por caballo (76,32) por cada asiento (24). Para una misma cosa 3 impuestos.

Pagan las bicicletas y motocicletas.

Licencias por abrir un establecimiento, además de las de obras, cortinas, toldos, letreros etc.

Otro impuesto á los baños de caballos y perros, los tiros al blanco, los garajes, casas de cambio, banqueros, hoteles y fondas, posadas y paradores, tabernas, bars, cafés y tupis, y además se exige la renovación de licencia cada diez años.

Pagan los anuncios, y todos los documentos municipales necesitan un sello.

Se paga hasta ¡por mudarse de casa!

Pagan peaje los coches y carros de fuera de Madrid, y ¡qué peaje! los automóviles 5 pesetas diarias.

Pagan los solares, la luz eléctrica, el gas, los billetes de toros, teatros y cines, las carnes frescas y saladas, además de todos los arbitrios de mercado, pesas y medidas, etc.

El famoso impuesto de inquilinato, continúa en vigor.

Pagan los canalones y las bajadas de aguas pluviales.

Pagan los burros, mulas y bueyes, los carritos de mano, los automóviles, en relación con la fuerza, y van 5 impuestos sobre los automóviles!

Además cobra el Ayuntamiento: Recargo en las contribuciones. Recargo en las cédulas.

Y todavía hay un epígrafe que dice: «Arbitrios Extraordinarios.»

Mucho más podíamos añadir si comparativamente estudiásemos los impuestos, pero no merece los honores de la publicación decir que los vendedores ambulantes pagarán en 1915 unas 175.000 pesetas y la Compañía de tranvías 56.000!...

Y esos mismos concejales que tantos impuestos estudian, que tanto se desvelan por hacernos felices, llevan tres años sin resolver la rebaja de las tarifas de los tranvías que podrían mejorar al público que paga.

¿Qué dicen los defensores del Municipio Sres. Prats y Talavera, DEL HECHO que se verifica todos los años de aprobar en un par de días un gravamen de 31 millones sobre el pacífico vecindario madrileño y necesitar tres años (hasta la fecha) para rebajar el millón de pesetas anual que ofrecen los tranvías?

Dirán lo que el dentista del cuento: «Aquí tienen ustedes los nuevos presupuestos, sin protestas... sin protestas...»

JUAN PÉREZ

La lámina.

Es copia de la de aquel genio del dibujo llamado Gustavo Doré, y da perfecta idea de la diferencia que existe entre la fisonomía patriótica del pueblo que lucha por la libertad del género humano al son de la *Marsellesa* en 1793, y la del que combate por el comercio al son de un himno imperial en 1914.

Una proposición

Hace años que el espíritu de compeñenda se posesionó del Congreso de diputados. En la actual legislatura ha funcionado soberanamente.

De acuerdo el Gobierno con los jefes de las minorías, se han llevado resueltos al Salón de Sesiones varios asuntos importantes que los diputados aprobaron sin discusión. Lo de que de la discusión nace la luz, habrá que arrinconarlo. Y hasta pudiera jubilarse á los taquígrafos del Congreso. ¿Para qué difundir máximas falsas ni hacer gastos inútiles?

Este procedimiento, que no censuro, me ha inspirado la idea de someter una proposición al juicio de mis conciudadanos, que, de ser aprobada, salvaría á España. La siguiente:

Suprimir las elecciones, conservando el sistema parlamentario.

Si los diputados, que son soberanos, se someten por disciplina al criterio de sus jefes, ¿qué falta hacen en el Congreso?

Con nombrar de Real Orden diputados á los jefes de todas las minorías, cuestión resuelta. Que acuerden con el Gobierno lo que conviene hacer, y se traslade en forma de ley á la *Gaceta*. Sabiendo que sus respectivos partidos no han de protestar, ¿qué más da que una ley se apruebe por cinco ó seis votos que por trescientos?

Las ventajas que esto traería serían incalculables; en todos los órdenes y esferas, sobre todo económica y moralmente.

Según nos enteramos cada vez que se discuten las actas á raíz de unas elecciones, en éstas se ejercen concienzudamente todas las artes divorciadas de la moralidad: el soborno y el chanchullo; la traición y la felonía; la mentira y el engaño; la zancadilla y la puñalada tramera; la oferta simulada y la promesa incumplida... Todo esto, en dosis estapendadas, y con de-aprensión y cinismo inconcebibles, se pone en juego en las elecciones. ¿Y no merecería la pena de suprimirlas, sólo para acabar con todo esto?

Además, suprimiéndolas, acabarían el muñidor asalariado; el convencido que lucha por un ideal de á duro; el interventor que lo cifra en un almuerzo; el intermediario entre el que compra votos y el que vende, que estafa á los dos; el alcalde que falsifica actas; el vecino que las roba; y, sobre todo, acabaría el *cacique*, ese tipo odioso y repugnante, pertenezca á cualquier partido, que hace vacilar á los partidarios de la supresión de la pena de muerte.

Y también, (aunque esta es ya ventaja de menos importancia), suprimidas las elecciones podría alquilarse el edificio del Congreso, bien para establecer un hotel á la altura de los mejores; bien un Bazar donde se vendiera de todo; bien una Bolsa donde todo se cotizara; bien un centro de espectáculos públicos: el salón de sesiones, limpio de escarnos, podría resultar pintiparado para hacer piruetas y cabriolas.

Creo que merece la pena de estudiar esta mi proposición. Si llegara á aceptarse, creería yo haber hecho por la seriedad, la moralidad y la prosperidad de mi país, muchísimo más que ningún otro español.

JOSÉ NAKENS

NOTA. Conste que desde ahora renuncio á la estatua que la posteridad agradecida tratará de levantarme por haber tenido esta idea salvadora.

ANTECEDENTES

El diputado carlista Llorens, que tiene un hijo sirviendo de teniente en Africa, se proporcionó cuando allí estuvo, no se sabe cómo ni por qué conducto, un telegrama reservado de la primera autoridad militar.

Hace días se llevó el asunto al Congreso, y se supo que había procurado cotizario (no por dinero) para ciertos fines en el ministerio de la Guerra.

El pundonoroso capitán de infantería don Manuel Orgaz, se enteró por el debate de que el telegrama había salido de una de las secciones que él mandaba; recordó que había hablado con el diputado Llorens, y que pudiera creerse que él se lo había facilitado, se perturbó, y se pegó un tiro.

Doy estos antecedentes para que se comprendan mejor los artículos que van á continuación.

El diputado carlista Llorens al hijo

Mientras haya un tonto que dé una peseta, habrá un vivo que estará á cogerla.

La tontería que induce al poseedor de la peseta á soltarla, es de muchas clases y se produce en todos los terrenos. Religiones, profesiones, escuelas y oficios; iglesias, partidos, casinos y círculos; donde quiera que hay un vicio, una afición, una pasión, un negocio ó un ideal, allí se produce el tonto y á su frente el vivo, y entre ambos la masa de aspirantes á vivos y de propensos á tontos.

Todos los partidos políticos de España han tenido y tienen sus tontos y sus vivos. Los unos pagan; los otros cobran.

Innumerables tontos conservadores y liberales, pirrados por la política, fueron arruinados por ella, dejándose en el escenario no cortas fortunas á cambio de cuatro avalorios de casaca y de cuatro titulejos de pueril vanidad.

A su lado surgieron los patriarcas Monteros, Pidales y Mauras, con sus hijos, yernos y entenados, numerosos como las arenas del mar, que hicieron del partido el gancho para agarrarse al presupuesto, alcanzar rentas, lograr casamientos ventajosos y acompañar á los tontos en su ruina, cogiendo en las aprovechadas alforjas las pérdidas de sus correligionarios.

En los partidos de oposición ocurrió lo propio. Mientras bárbaros y requetés, mientras cofrades y dinamiteros, al impulso de sus respectivos fanatismos, sacrifican bolsas y

pellejos al ideal, los vivos de sus pandillas entiéndense cautamente con el odiado enemigo, para el cual aplacan mansa y prudentemente el feroz odio implacable de mitin y periódico.

El día 25 del pasado Noviembre, llegó el turno de prueba al carlismo.

De boca en boca y aun de columna en columna de periódico, habíase hablado mil veces de las inteligencias secretas entre D. Carlos y su sucesor D. Jaime con la dinastía reinante; inteligencia mediante la cual—según las malas lenguas—los jefes aquellos habían de mantener en pie de guerra civil sus huestes, para que no se desperdigaran, con bravatas de próximas empresas bélicas, bajo condición de retenerlas cruzadas de brazos hoy en la expectativa del mañana.

Prometiendo revolución al partido, y asegurando la no-revolución á los gobiernos, los vivos del carlismo acapararon la jefatura de sus sectarios y percibieron de los gobiernos los gajes de su sumisión pactada.

Entre los más alborotadores del bando carlista, hubo uno que en ciertas ocasiones llegó á ser temible como un Duende de la política española. Era Llorens.

Por sus ficciones carlo-revolucionarias, logró conquistarse el título de *generalísimo* de las huestes carlistas y ministro de guerra en la futura facciosa empresa. Sobre su genio militar escribiéronse largas páginas.

Y es cierto que llamó muchas veces la atención y aun produjo escándalo, con su afición á mezclarse en las cosas del ejército, con andanzas en cuarteles, campamentos y oficinas, y con las facilidades que el *generalísimo* en canuto hallaba en los centros oficiales del Estado; y aun hubo trance en el cual suscitó graves conflictos y fué señalado como agente conspirador contra la república de Portugal.

¿De dónde sacaba Llorens la gasolina para sus automóviles, la luz para sus excursiones en las tinieblas, la influencia con las autoridades y esa especie de inviolabilidad que había logrado?

El suicidio del desdichado capitán Orgaz, ha servido de llave para penetrar algo del misterio del brucesco personaje.

Del debate hábilmente promovido por Soriano acerca de este suicidio, surgieron las declaraciones aplastantes del ministro de la Guerra, que corrieron el velo de las intenciones y artimañas del diputado carlista, que inútilmente tratan de justificar los diarios clericales acudiendo á subterfugios como estos del jesuita *El Debate*.

«La suprema autoridad militar y civil

española en Marruecos, da una orden. El jefe á quien la dirige, de acuerdo ó no con cierto general, manda á los capitanes y tenientes subordinados suyos que dificulten el cumplimiento, por debajo de cuerda, de dicha orden, que á él, por lo que se al, le parece mal. En cambio, al general Echagüe, y al Gabinete, y á la mayoría, y minorías saca de tino y absorbe el misterio de cómo se procuró el diputado denunciante el cuerpo del delito, y la cuestión de conciencia de si pudo ó no ponerlo en la mesa de disección del hemicidio.

«El Sr. Llorens se hizo con un telegrama por uno de medios ó por otros, bien ó mal, digna ó indignamente; el Sr. Llorens lo leyó, con derecho ó sin él, decorosa ó indecorosamente.»

Hechas estas concesiones, el diario jesuita se escandaliza de que en vez de dejarse llevar el gobierno y el Parlamento como asno del ronzal, al punto donde quería llevar Llorens el escándalo contra el Ejército, trajeran la cuestión á un punto necesario y previo, á saber: el examen del valor, honorabilidad y rectitud del diputado escandalizador.

Los clericales querrian que la nación, al empuje del Duende, se hubiese precipitado por el abismo de discutir los secretos del Ejército y de las relaciones íntimas del alto personal.

«Sólo ventilado esto—dice el jesuita—sonará la hora de revisar el juicio lanzado en el Parlamento sobre un diputado de oposición que se v.ó abandonado por las minorías, y tratado por la Cámara como no lo fué el Sr. Iglesias cuando preconizó el atentado personal, ni el S. Barriobero al asegurar que pegaría un tiro al juez que le procesase.»

Así discurre el jesuita.

Mas ¿no convendrá, antes de entrar en el fondo de esta cuestión de peligrosa competencia parlamentaria, ventilar la otra más grave cuestión acerca de las relaciones del jesuitismo con el Ejército, acerca de sus medios de espionaje, del fin que con él se persigue y del uso que de sus espías se hace?

Esta es cuestión algo más grave y más perentoria.

Es un hecho de espionaje.

El espía es Llorens.

El diario jesuita está en carácter al tratar de declarar inviolable al espía, y de eludir la cuestión sobre la licitud y decencia de tal oficio.

«Bien ó mal, digna ó indignamente...» eso no importa, viene á decir.

Esto es; no importa que haya espías en el Ejército, al servicio del clericalismo. No importa averiguar si hay dignidad ó indignidad, decoro ó indecencia... La traición, la infidelidad, la prevaricación... ¿qué valen? ¿Qué tienen que ver con la disciplina?

El Parlamento y el Gobierno, se permitieron separarse de este criterio ignaciano.

Buscóse el telegrama desapareci-

do en el archivo de su destino, y resultó, según el ministro de la Guerra, que «falta del archivo del destacamento en donde estuvo el hijo del Sr. Llorens» cuyo capitán era el desdichado Orgaz.

La amistad de éste con Llorens, hale conducido al suicidio honroso, como único camino visible para escapar á la deshonra inminente.

A ese punto condujo el jesuitismo Llorens á quien le fió su amistad...

Por fortuna, todavía hay en España algún sentido del honor.

Llorens ha caído en el horror y abominación de la Cámara.

Así ha acabado su historia el Duende jesuita. De generalísimo del ejército de Israel, á espía vulgar y á soplón de miras sospechosas!... No ha sido corto el salto.

R. MAYOL

«Las inspecciones sanitarias (antiguos fletatos) recaudan para el Ayuntamiento unas 600.000 pesetas anuales y GASTA MAS DE ESTA SUMA en su recaudación y cobranza.»

José Valero Hervás.—(Correspondencia de España de 22 de Marzo de 1914.

Para 1915 siguen tirándose esas 600.000 pesetas y NADIE ha pedido que se supriman.

Los Llorens, padre é hijo

En la sesión del Congreso del día 25, por virtud de las declaraciones del ministro de la Guerra vino á formar la opinión de que el capitán Llorens, hijo, había facilitado al diputado Llorens, padre, el telegrama que ocasionó el suicidio del capitán Orgaz.

En la sesión del día 26, el propio ministro, diciéndose mejor informado, desmintió la especie aquella, diciendo que la hacía para devolver el honor al capitán Llorens.

De suponer es que la familia Llorens se habrá dado la enhorabuena por esta patente de honorabilidad en favor del hijo. Pero, de estos nuevos hechos, resultan dos cuestiones peores que las otras.

1.ª cuestión. Si el telegrama no fué facilitado por el capitán Llorens, hubo de ser facilitado por otro. ¿Quién fué ese? Mientras no se descubra nominalmente, la mancha cae difusa sobre los demás, con notoria injusticia y con agravio de los inocentes. Y podrá ser muy jesuita lo de tirar la piedra y esconder la mano, pero es muy indecente; tan indecente como el propio acto del soborno del culpable, que, gracias á

la sospecha injusta sobre los demás, mantendrá su reputación.

Y como quiera que el diputado Llorens negó que se lo hubiese facilitado el capitán Orgaz, para evitar la responsabilidad de ser causante del suicidio, el secreto que ahora se guarda es más censurable que el escándalo público dado con este motivo.

2.^a cuestión. El diputado Llorens, padre, parece indicar que su hijo es harto pundonoroso para faltar á su deber militar, confiando á su padre telegramas comprometedores. Si es así, debe aplaudirse la honorabilidad del capitán, hijo, que ni á su padre confía el secreto de la Ordenanza. La experiencia acaba de acreditar que con esto no sólo obró como militar probo, sino como hombre prudente, pues se ha visto que su padre es capaz de utilizar los secretos mal adquiridos como arma para exigir de los ministros concesiones «indignas», y de esgrimirlos como arma de venganza.

Estas rectificaciones prueban que si hay un Llorens, hijo, mejor cumplidor del deber que el que entregó el telegrama, hay un Llorens, padre, que sabe inducir á faltar al deber á los que no son hijos suyos, para favorecer los intereses «indignos» de sus paniaguados.

Lo que se dirá el diputado Llorens:

—Sobornar á militares, sí; pero comprometer á los hijos, no.

—O cuando menos, el muerto al hoyo, y el vivo al bollo. Clerical de pura sangre.

SIGUEN LOS DESPILFARROS MUNICIPALES EN LAS OBRAS DEL SUBSUELO.

Han hecho otra zanja en la Castellana, con su entivación, valla etcétera, y sin hacer nada en ella la han vuelto á terraplenar.

Lean ustedes en el número próximo

30 MILLONES TIRADOS Á LA ALCANTARILLA.

El espionaje germanófilo en España

Adviértase que no digo «espionaje germánico»: pues, aun cuando es de no escasa elocuencia el testimonio de los carlistas de estar al habla y de recibir inspiraciones de centros alemanes, no puede sentarse sobre tal testimonio unilateral la afirmación absoluta de una inteligencia bilateral.

Y si bien los clericales españoles han dado á entender que su campaña es aprobada, si no movida, por la mano de Alemania, tanto cabe en

la posibilidad esta influencia, como la posibilidad de que los clericales la inventen para autorizarse á sí mismos.

No se trata, pues, de germanos, sino de los germanófilos y del espionaje que ejercen en España, sea por cuenta é interés propio, sea por cuenta y para servicio ajeno.

El tema merece serio estudio. Aquella remota contingencia de la intervención de España en la guerra europea, va dibujándose en el horizonte político internacional como un suceso muy probable, no muy lejano, y quizás inevitable. Aquella deleitosa «neutralidad» por algunos soñada de estar cruzados de brazos ante el incendio y al atisbo de los provechos y ventajas que el avaro cuco sabe sacar de la ruina del vecino, hase deshecho como ampolla de jabón. Ya las «salpicaduras» van alcanzando á España, bajo muchas formas. Cada vez la «neutralidad» va perdiendo su carácter comodón y placentero, y momentos se avencinan en que puede ser más violento y costoso ser neutral ante el ímpetu de la corriente, que dejarse arrastrar de ella.

No son, pues, calendarios zaragozanos, los barruntos de rompimiento de neutralidad, no por voluntad de la nación, ni del gobierno, ni por presión de las naciones en guerra; sino por la naturaleza quebradiza y fragil de esta neutralidad sin consistencia interna y sin solidez en la base en que descansa.

Y en previsión de tal acontecimiento inminente é inevitable, tan ciego y fatal como la venida del ciclón ó de una epidemia, no es cuestión de vana curiosidad, sino de supremo interés, saber cómo anda España en eso del espionaje.

La respuesta que nos traen las estadísticas criminales del Tribunal Supremo, no puede ser más alarmante. En España no constan procesos ni condenas por delitos de espionaje.

Este hecho enorme, deja formulado este dilema: ¿Será España el único país del mundo que goza del privilegio de estar libre del espionaje, ya sea porque se tenga como de ningún valor su insignificancia militar, ya sea por especial concesión del cielo?

Esta hipótesis, inadmisible en todo tiempo, fuera absurda en estos últimos años de fiebre guerrera de las grandes potencias, para quienes España podría no ser auxiliar decisivo aisladamente tomada, pero habría de ser factor considerable y de peso en su valor relativo á circunstancias excepcionales de oscilaciones de la gran balanza, cuyo fiel puede ser definitivamente inclinado

por un peso antes liviano. Y en estas circunstancias vamos entrando por momentos, en los que, los ejércitos de las grandes potencias, consumidos por la guerra, ven reducidos á una décima parte su potencialidad numérica, y que esta décima parte restante queda mermada en su potencia ordinaria por el cansancio y la extenuación de la campaña.

Si no por vía de cálculo táctico, por vía ilustrativa puede llegar el momento en que el poder militar relativo de una nación quede decuplicado, por haber disminuido diez veces la energía de las otras.

Esto que se nos alcanza á los profanos, no puede ocultarse á los profesionales, y, por tanto, cuentan con ello los beligerantes, á quienes interesa conocer el poder de España, para el caso de tenerla de aliada ó de enemiga.

..

Esto sentado ¿es admisible suponer que en España no ha existido ni existe el espionaje, cuando menos por parte de Alemania, que lo tiene tan admirablemente organizado en todo el mundo?

La respuesta, en este punto del camino, es fácil y clara. *El espionaje existe, porque ha de existir.*

Y esto sentado, nos queda el segundo extremo del dilema; es decir: *El espionaje existe en España, pero no es perseguido*, sea por lo que sea: sea por la sagacidad de los espías en ocultar sus maniobras; sea por la falta de sagacidad del Estado en observarlas y descubrirlas.

..

Fenómeno tan exorbitante, va adquiriendo explicación en los sucesos de estas últimas semanas.

Los jesuitas, á quienes hemos señalado con el dedo como instigadores de las estridentes y escandalosas campañas germanófilas, han descubierto en Alicante ser ellos los verdaderos atizadores del furor antifrancés y antibritánico. Un jesuita desde el púlpito y con su uniforme presentóse como tal atizador.

Quien sepa que en la Compañía, nada puede hacer el individuo sin el soplo del General, darase cuenta de que este *chispazo* del jesuita alicantino, revela el espíritu común en toda la Compañía.

Este es, pues, otro hecho: el jesuitismo español está al servicio de Alemania, no solo secreto, sino público: no por cuestión de religión, ni de tradición, ni de convicción moral, ni de disciplina eclesiástica (todas las cuales razones hemos visto que están contra ello); sino por la sinuosa política de la negra secta, que cree hacer de Alemania su futuro baluarte contra la sentencia de

exterminio que habrán de lanzarla los demás países.

Y el jesuitismo ¿tiene que ver con el espionaje en España?

¡Donosa pregunta!

Si no mediase la ley de jurisdicciones podría decirse mucho que ahora fuera peligroso indicar siquiera. Así, esta ley que se dió con pretexto de *patriotismo*, nos sale al paso en este trance. Responda la ley por nosotros: El espía jesuita, tiene habilidad bastante y ya vieja, para encubrir su espionaje haciendo fusilar como traidores á quienes sabe le pueden desenmascarar. ¡Hay tantos ejemplos en la Historia!

No siendo lícito hablar de esto, en lo que hace á España, hablaremos de los últimos hechos de los jesuitas en Francia. De allí fueron expulsados principalmente por su espionaje del ejército, por el tráfico de noticias del jesuita Du Lac con los militares del Estado mayor francés. Por esto, por espías, fueron expulsados en estos postreros tiempos, como lo fueron ya en sus primeros tiempos los propios socios de Ignacio de Loyola.

En España... no puede hablarse. Sin embargo puede recordarse que *El País* publicó sin rebozo la afirmación de haber sido los jesuitas los que sirvieron de espías á los Estados Unidos en Filipinas, ofreciendo pruebas que nadie ha reclamado que sepamos: ni tribunales, ni parlamento, ni policía.

Pero, si bien no se puede hablar por impedirlo la ley, puédese preguntar:

¿Es fácil á la Compañía de Jesús, conocer todos los secretos militares de España?

Responda quien pueda.

Y detrás de la respuesta que venga, formulamos esta pregunta:

Habiéndose hecho la Compañía la agente de Alemania en esta guerra, ¿cuánto tardará Alemania en saber los secretos que conozca la Compañía?

**

He aquí cómo hemos venido á parar á una conclusión aflictiva y desconsoladora. Espías, no hay en España, con título de tales y expuestos á caer en la cárcel. ¡Hay jesuitas!... Los mismos hijos del Loyola, sospechado de espía en Italia por las tropas españolas; los mismos hijos del Padre Diego Cáceres, espía puesto á sueldo de Francia, de Inglaterra y de los enemigos de entrambas, y como espía traidor condenado á muerte en ambos países. Hay jesuitas, socios del Padre du Lac... ¿Para qué necesita Alemania espías si tiene á su servicio á los jesuitas?

Todos estos cálculos son sacados

del simple buen juicio que puede equivocarse. Faltaba un hecho vivo y palpable, y halo traído el diputado jesuitante Llorens, que viene á representar en nuestro tiempo el papel que en los suyos representaron el Maestre de Montesa, Luis Requesens, Juan de Zúñiga y Alejandro Farnesic, jesuitas profesos de casco y espuela.

Precisamente en Africa tuvo el Montesa sus percances, tan graves y feos, que al enterarse el general jesuita Borja (hermano del general español) mandó retirar á toda prisa al jesuita que le tenían puesto de socio-confesor, para salvar á la Compañía del peligro, dejando al Montesa en la estacada, como dejó Ignacio á su socio Cáceres al verle metido en proceso.

También en Africa ha sufrido Llorens su percance.

El diputado conocía secretos del ejército, secretos que reputaba de mayor importancia; secretos logrados por medios que todavía no se ha atrevido á confesar, y que han dejado tendido en el arroyo público el cadáver de un capitán...

Llorens, poseedor de secretos del ejército.

Llorens, jesuitante...

Llorens, germanófilo...

Llorens, usando los secretos del ejército para fines vergonzosos...

¿Ha visitado Llorens por sí ó por intermediarios, á la Embajada alemana?...

¡No ahondemos!

Pero al llegar á este término, el lector se dirá seguramente: «Queda explicado el maravilloso fenómeno de que en España no se conozca el crimen de espionaje... No hay espías... Hay jesuitas y jaimistas. No hay espionaje formal. Hay jesuitismo y Llorens... Ser espía es un delito contra la Patria. Ser jesuita y jaimista es un privilegio que la Patria concede, paga y ensalza. Y además se envanece de ello... hasta que en Cavite y Santiago salen las últimas consecuencias.

S. PEY ORDEIX

Textos escogidos

LOCURA HUMANA

«Es inconcebible que trescientos millares de seres humanos sufran, en sus bienes y en sus personas, con resignación musulmana, los efectos calamitosos del capricho feroz de los apaches coronados que ponen á Europa á fuego y sangre; increíble que media docena de hombres puedan jugar con la vida de quince ó veinte millones de individuos inteligentes y laboriosos: inventores, literatos, filósofos, ingenieros, sabios, periodistas, artistas, etcétera, obreros del

campo y de la ciudad, vigor del músculo y robustez intelectual—fuerzas vivas de las naciones—, armarlos y, sugestionándolos, hacer que se maten entre ellos, que devasten los campos, destruyan las ciudades, hagan saltar los puentes, envenenen las aguas de los ríos, siembren el hambre, la desolación, el espanto y la muerte; que saqueen los países conquistados, violenten é insulten á las mujeres, maltraten á los ancianos, los enfermos y los niños: aniquilen, en masas, la obra colosal de siglos de trabajo, de ciencia y de arte. ¡Y callan las mujeres, callan los hombres ante este cúmulo de flajelos, cuando está en su mano el poner aún término inmediato á tantos males!»

PIERRE QUIRONNIE

Llorens, militar

El *Correo Español* salió el día 26 á la defensa de su *generalísimo* Llorens, que en la acción parlamentaria del día antes quedó tendido en el ruedo, acribillado por todas partes.

La defensa es toda ella probrisi-ma. Apenas logra vendar las cicatrices del compañero de inconfesables glorias y de discutibles fatigas.

Pero más pobre es la defensa de Llorens como militar, la cual condición ha sido exaltada, decantada y sobada por los carlistas, según los cuales era un genio de la ciencia de la guerra.

El Conde del Serrallo, en el congreso atacó esta leyenda miliciana, recordando que el intrigante diputado en su carrera militar no había logrado ser siquiera individuo de Artillería.

Contra esto se levanta el *Correo*, y escribe enojadísimo una protesta, suyos son estos párrafos:

«El Sr. Llorens procede de la Academia de Artillería, y puso su espada al servicio de una causa que no ha podido dar á sus abnegados defensores pagas, cruces pen-sionadas, altos mandos ni carteras.

«Si el Sr. Llorens, en vez de ser leal á un Rey poscripto, hubiese reconocido las instituciones liberales, hoy, aunque no fuese por otros méritos que el de la antigüedad, ocuparía en el escalafón del Ejército un puesto superior al del Conde del Serrallo, y el señor Llorens, que á su pericia militar une dotes parlamentarias por todos reconocidas, acaso habría realizado una brillante carrera, cuyo sacrificio por aervir un ideal, bien merece un homenaje de respeto.

«El Sr. Llorens es un militar que después de haber probado su suficiencia en un organismo oficial del Ejército, la demostró en el campo de batalla, conquistando cicatrices que no gravan el presupuesto de la nación.

«Un bravo militar español, que tiene la honra de no haber contribuido á la pérdida de ninguna colonia.»

En lo transcripto hay tantos p[er]didos dislates, como palabras, y pone de cuerpo entero el criterio militar y patriótico del clericalismo español.

Según lo dicho, el acto más glorioso de Llorens fué el haber llevado á las filas carlistas su condición de alumno expulsado de la Academia de Artillería de la nación.

Pero, fuera de esta «admiración al sacrificio por servir un ideal», ¡qué cinismo se necesita para recordar que la nación no haya pagado con cruces pensionadas á Llorens, sus trabajos facciosos? Es que las guerras carlistas no han sido para España plagas desastrosas! ¿Es que en vez de regalar pensiones, al carlismo, no cabe exigirle cuentas de la sangre vertida, de los sacrificios que costó á la patria, del atraso que ha ocasionado en la vida española y de la infamia que ha atraído sobre nuestro pueblo?

Pero, concretemos en el «caso Llorens» la cuestión, y veamos si es el hombre del cacareado ideal del supuesto sacrificio y de la blasonada abnegación militar.

Y si hubiera ingresado Llorens en el Ejército, habría estado sometido á la disciplina y á los trabajos de su cargo. Habría ido á defender las colonias, y quizás hubiese perecido en manos de los filibusteros. Y si no sería un general como otros, obligado á guardar la ordenanza y á cumplir con el servicio, donde habría podido lucir sus inéditos talentos militares.

Nada de esto ha hecho.

Su carrera ha sido más aprovechada y menos expuesta.

Fuera del Ejército, ha explotado su carácter de arillero presunto, para ir escalando la graduación en el ejército faccioso, hasta su actual grado de *generalísimo*.

Como tal *generalísimo* ha cosechado en los suyos honores y provechos; aún hase codeado con los generales del ejército nacional, haciéndose el *coco* de los gobiernos, el Portaestandarte de la Iglesia y el alférez mayor de la Castilla tradicional.

¿A qué ventajas materiales positivas ha sido traducido este papel? Algo se insinuó en el Congreso: algo que debe ser muy gordo: tan gordo, que los propios adversarios de Llorens creyeron prudente no especificar.

Aun ante el extranjero ha debido cotizar este carácter de *generalísimo*, según se desprende de la intervención que tuvo en la extracción de armas de los centros nacionales para facilitarlas á los facciosos portugueses. Y si bien puede discurrirse por aquellas otras insinuaciones, que estos servicios comprometidos y peligrosos, no serían presta-

dos por amor al arte, ni sin el sueldo correspondiente á tan soberbio auxilio, es lo cierto que el carácter de *coco-generalísimo* hubo de servirle en España para que el gobierno no apurase las responsabilidades incursas con aquellos acontecimientos, y que, de haber sido llevadas al juicio severo de la justicia aplicada á otros casos liberales, habrían podido haber puesto término á la odisea del conspirador.

Todo es lícito sospecharlo de quien, en su locura de *generalísimo* trascortina tuvo la osadía de intentar introducir en España una autoridad supra-constitucional, prohibida al propio monarca.

Referímonos á la exigencia de Llorens sobre el ministro de la Guerra, reclamando la destitución del general Jordana.

¿Está loco, acaso, Llorens?

El Correo asegura que no está loco, sino que es muy cuerdo y que maneja hábilmente el parlamentarismo.

Si no está loco, la antedicha pretensión descubre que Llorens tenía fundamento y razón para suponer que su exigencia no era una locura, sino cosa factible; es decir, creía saber que su autoridad de *coco-nacional* bastaba para mandar al ministro de la Guerra como subordinado suyo. ¡Cuántas concesiones debía haber logrado para llegar á tal creencia!

Tal resulta ser la «abnegación» de este aprovechado político del ideal carlista.

¿Para qué querría grados en el ejército, si con sus mañas y artimañas se consideraba señor irresponsable del ministro del rey, en cosas que ni el propio soberano puede imponer?

Acabemos con la última idea del *Correo*. Llorens es «un bravo militar, que ha demostrado su bravura en lo de la conspiración portuguesa, en coger telegramas á oficiales incautos y en recorrer silenciosamente los despachos oficiales con sus negocios... Tiene la honra de no haber contribuido á salvar las colonias luchando contra tagalos y yanquis en el campo de batalla, sino que trabajó, con todo el carlismo, predicar la intransigencia de España con las colonias, á tenerlas sometidas á los frailes y á fusilar á Rizal...

Ahora tiene la honra de poder escribir en su hoja de servicios la muerte del capitán Orgaz que la opinión le imputará irremisiblemente.

Quizás, en la guerra civil, no lograra ver caer á sus pies á ningún capitán del Ejército nacional. El «bravo militar» ha visto realizado este sueño.

Seguramente es «bravo» el intrigante carlista. Para enredador le so-

bran más de cien. Para militar, le faltan más de mil.

EL CAPITÁN CÉSAR BORJA

Del libro "Resurrección Histórica de San Ignacio de Loyola"

Se hace saber á los suscriptores que se repartió la entrega 5.^a. La entrega 6.^a se repartirá cuando se normalice la administración.

De los 980 suscriptores, están en descubierto más de 600, que no han hecho envío alguno. Como quiera que las ventajas de los primeros suscriptores se concedieron con el fin de reunir los fondos necesarios para comenzar la publicación de la obra, y con la omisión del pago han defraudado sus ofertas, se les advierte que se dan como anulados sus boletines de suscripción: que quedan en descubierto de las cinco entregas remitidas, y que, si desean continuar como suscriptores, quedan sometidos al doble precio, con el anticipo de la cantidad que estimen conveniente, sin lo cual no les será servida entrega alguna que no tengan abonada.

Para resarcir á la obra del quebranto dicho, el autor se ha visto obligado á buscar conciertos con empresas extranjeras para publicar como libros sueltos, algunos de los capítulos de la obra general, y con su producto poder continuar la edición española.

A los suscriptores que tienen hecho el anticipo de la obra entera, los será remitido, *fuera de cuenta*, un ejemplar de estos libros á medida que se publiquen.

El primero será «*Quién fué Ignacio de Loyola, según los procesos de Alcalá.*»

Está escrito en colaboración con un reputado crítico, llevará fotograbados por extenso, todo el proceso original de Alcalá y los documentos de otro género, congruentes al caso, con otras ilustraciones. La impresión se hace á todo lujo. El precio para los no suscriptores será de 10 pesetas ejemplar.

Los pedidos no se servirán hasta el mes de Febrero próximo.

Al ultimarse este negocio, se proseguirán las entregas de la obra general, cuya entrega 6.^a se halla en prensa.

Sólo con esta tenacidad, puede editarse convenientemente un libro de esta importancia, que ha de costearse por sí mismo.

Por lo demás, ya es sabido no ser fácil resucitar á un muerto.

S. P. O.

La semana de guerra

RUSIA.—La «trituradora rusa» formada por la mole de sus ejércitos, continúa su avance por Austria, ha rechazado definitivamente la invasión alemana y ha entrado en choque con Turquía.

Del examen comparativo de los telegramas de estas naciones, resulta el triunfo irrefutable de los rusos, que siguen avanzando aun en lucha contra tres poderosas naciones.

BÉLGICA.—Continúa en esta región, hecha campo de Marte, el pugilato de las tropas alemanas con las de los aliados. Sólo pequeñas operaciones, de escasa importancia para la situación general, han tenido lugar en estas últimas semanas.

Los rumores—que otra cosa no son—publicados en la prensa noticiara, hacen creer que Alemania intenta en esta acción inminente, adueñarse de la costa belga como punto de partida para un golpe contra las costas de Inglaterra ó para una invasión en regla.

A este objeto trae á las trincheras de tierra sus instrumentos más poderosos para arremeter á los ejércitos aliados; algunos de esos instrumentos, desconocidos aún y de asombrosa potencia.

El debut de estos aparatos de exterminio habrá de coincidir—según dicen—con el lanzamiento al aire de sus escuadras de aviones terriblemente armados; con el lanzamiento de sus flotas de submarinos y torpederos contra los buques enemigos que bloquean las escuadras alemanas, y con el arrojado de sus grandes buques, recientemente armados de potentes cañones, para producir un espectáculo naval á cuya historia se confía la tarea de rebasar los sueños de toda fantasía.

Los aliados no se dejan desconcertar por tales agüeros, aun estando basados en las sorpresas antes recibidas. De los preparativos de éstos, nada se dice y nada se sabe. Por toda información al mundo espectador, el generalísimo Jofre, convertido en un Júpiter silencioso y en esfinge latina, contesta á las preguntas con una sonrisa de efecto mágico.

Diríase que sus leves gestos tienen el don sobrenatural hasta ahora acaparado por las imágenes milagrosas, del Cristo que llora ó de la Virgen que ríe.

Es ciertamente el hombre providencial, que con su taciturnidad serena é incommovible, ha aplacado y domado la nerviosidad de sus ejércitos meridionales, despertando en el pueblo una fe religiosa ciega, una esperanza segura en sus planes y el ardor paciente y resistente de sus

soldados. Es el hombre que no habla y que más dice.

Este instrumento de guerra llamado Jofre, ha sido la mayor novedad de la lucha franco-alemana.

Dentro de su cerebro contempla el vasto cuadro de la guerra, en todas sus peripecias y aspectos: cuenta el Tiempo y con la Naturaleza tanto como con la pólvora, á la velocidad germana halla aprisionado dentro de la lentitud; encierra los ejércitos contrarios con muralla infranqueable de una defensiva cauta y ahorrativa de sangre, y en tanto que los contrarios lo fían todo á sus obuses perdidos en la planicie. Jofre deja que el microbio del tifus y de la enteritis vaya á cazar invisible al soldado alemán en el fondo de la trinchera; que el reuma vaya paralizando los brazos que han de atacar y las piernas que han de correr; que el invierno descargue sus nieves y escarchas en la hoguera teutona; que el pueblo alemán vaya aprendiendo que todos los Invencibles, de mar y tierra, se estrelan en su lucha contra los elementos, y que los pregoneros de la guerra cambien sus arreglos en ahogos y peticiones de paz. Jofre y el Tiempo han valido por dos.

EL CLERICALISMO ESPAÑOL

Hay que contar con este elemento de guerra, que en España no cesa de rugir truenos y de fulminar relámpagos.

Siguiendo el compás marcado por los militaristas alemanes, nuestro clericalismo ha desviado aquel su formidable fuego contra la Francia atea para dirigirlo contra la «pérfida Inglaterra». Inglaterra ha engañado al jesuitismo austro-hispano-turco-germano.

El engaño ha consistido en que el jesuitismo creía que Inglaterra, por egoísmo, se abstendría de mezclarse en la lucha, con lo cual, los dueños de la Triple se lanzarían al campo por la mañana, tomarían el aperitivo en Bruselas, almorzarían en París, y cenarían en Petrogrado, invitando á los ingleses á los postres.

Italia renunció á tan bella empresa, quedándose en la paz. Inglaterra, á quien querían en paz, se puso en guerra. La Triple quedó en Doble, y la Doble se hizo Triple, y con ello, los alemanes llegaron á la noche del día con el simple desayuno, que, además, se les ha indigestado.

De aquí que los clericales españoles descarguen sobre Londres las bombas que habían preparado para París y Moscou. Su coragina es... como todo lo clerical, infinita, inmensa é incorregible.

Los carlistas anuncian que si Inglaterra trata de comprometer á España en la lucha, los requetés que estaban preparando para ir á Bru-

selas á derribar la estatua de Ferrer (que no ha de ser mejor tratada que el sagrario de las catedrales de Reims y de Malinas); esos famosos requetés destripa-radicales por la espalda y dispara-petardos en la redacción de EL MOTIN; esos famosos legionarios desplegarán sus bendecidas banderas, requerirán el santo lábaro de Covadonga, y al grito de: *Santiago y á ellos!*, en un santiamén arrasarán á Gibraltar, proclamarán á D. Jalme rey de Portugal, y, corriendo al pueblo inglés con sus antepasados y con sus venideros, los llevarán á la Isla de los Galápagos.

¡Atrévase Inglaterra!—están gritando—¡Atrévase, y verá lo que es bueno!

Si cree que sólo hay alemanes en el mundo, atrévase, y aprenderá lo que son los clericales españoles, ante quienes muda se postró la tierra, antaño, y ante quienes ogaño se postra mudo el cielo, donde cortan el bacalao.

¡Así, así son de bravos nuestros clericales!

Así, la pobre Inglaterra, va á ser triturada por estos que creyó pigmeos, y cuyas iras ha temerariamente provocado.

Quedamos, pues, en que la semana próxima, Llorens será nombrado adelantado de Gibraltar, *ad maiorem Dei gloriam*.

Bibliografía

Hemos recibido el primer cuaderno de la *Historia de la Guerra Europea*, escrita por V. Basco Ibáñez. El ilustre novelista, que para documentar su obra acaba de recorrer el campo de operaciones, traza un plan completísimo de esta *Historia de la Guerra*, que por su texto é ilustraciones será el libro más interesante y más ameno de cuantos se han publicado con motivo de la presente conflagración mundial. Estúdiese en este primer cuaderno el prólogo del drama; el atentado de Serajevo; las reclamaciones de Austria; la alarma en Europa; la negativa de Austria á una petición de Rusia; la contestación humilde de Serbia y la declaración de la guerra por Austria.

Basco Ibáñez, que vive en Francia y ve de cerca la guerra y sus efectos, describe todas estas escenas con su pluma de novelista, dando la sensación de algo vivido, de algo que el lector cree presenciar por sí mismo. La obra está magníficamente presentada por la Editorial PROMETEO, de Valencia. Es un panorama gráfico de todos los momentos y de todos los hechos. Al gran número de grabados, fotografías y dibujos que lleva el cuaderno, acompaña una hermosa lámina en color representando la histórica sesión de la Cámara francesa en que se proclama la defensa de la patria. Todos los sábados aparecerá un cuaderno de gran tamaño, con 24 páginas de nutrido texto, abundantes grabados y una lámina en color. Precio: 50 cts.



EL NOTIN



LA MARSELESA

(COPIA DE LA LANA DE GUSTAVO DORÉ)

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior....	7408'55
Pedro Compostizo (Torrelavega).....	2'00
Quintín Bastera (Bilbao)..	1'30
Bernardino Veiga (Cádiz)..	1'90
Juan A. Fandiño (Padre).—	
Oviedo.....	5'00
Suma y sigue.....	7418'75

¡Y vuelta á lo mismo!

Aunque me molesta mucho insistir en este tema, forzoso me es hacerlo hoy. Ofrecí á *Fray Gerundio* publicar en Octubre el artículo que me envió al poner yo en Agosto los libros á precios reducidos, fuese cual fuera el éxito de mi intentona, y demoré la publicación para ver si, alargando el plazo de venta, podía demostrarle que el equivocado había sido él.

Pero al leer el artículo suscrito por mí en el número anterior, se me ha descolgado con otro remachando tan fuertemente el clavo de su pesimismo, que debo publicar ambos para satisfacción de los que, habiendo ya respondido á mi invitación, tienen derecho á decirle: «á nosotros no nos alcanzan tus censuras.»

Decía el gran actor Romea que nunca trabajaba con más gusto que cuando veía el teatro casi vacío: aquellos que habían ido á verle merecían más que cuantos no habían ido. Yo pienso en esto exactamente como él, y por esto aprovecho esta ocasión para dar las gracias á los que han demostrado interés por el periódico y por mí.

Y habiendo hecho constar esto, allá va el primer artículo de *Fray Gerundio*:

¿Cuatro mil pesetas?...

Nuestro buen Nakens tiene un déficit de cuatro mil pesetas, y espera enjugarlo ofreciendo sus libros á mitad de precio á republicanos y librepensadores. Nakens no tiene cura y será siempre el eterno *romanesque* de la República. ¡En buenas manos pone las esperanzas! Pero, ¿cree el amigo Nakens que los republicanos y librepensadores leen libros?... Gracias conque repasen á la ligera un semanario de los que tienen monos. ¿Lo duda usted? Pues voy á demostrarle.

En España no escriben libros anticlericales más que cuatro escrito-

res: usted, el P. Ferrándiz, Pey Ordeix y yo. Continuamente estamos oyendo que la mayoría de los españoles son liberales, escépticos, volterianos y anticlericales; esto se afirma en mitines, periódicos, casinos, elecciones, círculos, semanarios, etcétera, etc. Parecía, pues, lógico y natural, que entre tantos millones de liberales y librepensadores, á no ser que todos fueran analfabetos y sin una peseta, existieran 500.000 que supieran y quisieran leer nuestras obras y que dispusieran de unos cuatro reales para comprarlas. Suponiendo que cada uno de nosotros publicáramos un par de libros al año, los liberales y republicanos se gastarían al año unas diez pesetas en adquirirlos. Pues no sucede así; la prueba de ello es que nuestros libros no se venden á pesar de que las ediciones de ellos que hacemos, raramente pasan de cinco mil ejemplares, de donde se desprende que en toda España no hay cinco mil anticlericales siquiera que lean ó quieran gastarse una peseta en adquirir nuestros libros.

No quiero hablar por boca de ganoso, sino por cuenta propia. De mi último libro *El atentado personal y los jesuitas*, que es lo primero y lo único que se ha escrito sobre este tema, un verdadero tesoro de erudición (no tengo la hipocresía de la modestia) y que ha agotado por decirlo así la materia, se hizo una tirada de cinco mil ejemplares; pues escasamente se habrán vendido doscientos, y de estos doscientos, la mayoría se han vendido en *EL MOTIN*; en Barcelona y Cataluña, donde con razón ó sin ella mi firma goza de cierto prestigio, apenas se han vendido cincuenta. Cuando yo he visto esto, díjeme en mis adentros: «Cuando decís que sois tantos y tan entusiastas de nuestras ideas, y entre todos vosotros no se venden más que unas docenas de nuestros libros, es señal infalible de que vuestro anticlericalismo es *full*, y que sólo sois liberales de boquilla. Pues, ande, y que os escriba libros la... madre que os parió.» Y no he escrito más ni escribiré mientras no halle un Mecenas que me costee las ediciones, que ya puedo esperar sentado.

Sí, amigo Nakens, no hay que darle vueltas: el anticlericalismo español, salvo las inevitables excepciones, es una farsa y una verborrea, y basta ver el apoyo que nos presta para convencerse de ello. Si fuera lo que afirma, siendo sólo cuatro escritores los que existen para llenar el mercado de libros avanzados en España y América, usted, el P. Ferrándiz, Pey Ordeix y yo estaríamos envueltos en miles de duros, y vivimos gracias á los periódicos en que estamos, y como cada uno sabemos.

Lo que es á mí, no me cogerán más en estos lances; basta con los cuatro libros que llevo escritos para saber bien el licor lácteo que esto produce. No pienso atormentarme con masturbaciones cerebrales para luego considerar como un favor el que me compren los libros al peso. ¡Anda, rebaño de imbéciles; castrados, que el látigo del clericalismo restalle como sierpe de fuego sobre vuestras espaldas, y os levante entre regueros de sangre ampollas como piedras!

Quisiera en esta ocasión desacreditarme como agorero pesimista, y que consiguiera usted las cuatro mil del ala; pero me atrevería á jugarme aquello que se cortó Orígenes, á que no reune usted doscientas pesetas.

¡Conozco á los *nuestros* mejor que si los hubiera parido!...

Y allá va ahora el segundo cañonazo:

Resulté profeta

Mi venerado amigo Nakens: No se lo digo á usted para *restregárselo por los hocicos*, como dice el vulgo, pues ya sabe usted cuánto le quiero, sino para recordarle que he resultado profeta. ¡Ah! Mi buen amigo: conozco á los anticlericales españoles mejor que si los hubiera parido, según le dije en mi artículo anterior.

Estoy harto de oír á todo bicho viviente, incluso á los bichos del liberalismo y de la República, que el anticlericalismo no existe, y si existe es una cursilería darle importancia. Negar la existencia del clericalismo y sus desafueros en nuestra patria, es querer cerrar los ojos á la luz, pues todos, absolutamente todos, llevamos cicatrices de sus garras, y nadie se escapa de sus zarpazos; pero que el combatirlo sea una necedad y una cursilería, en eso sí que estoy conforme con todos, y lo que únicamente lamento, es no haber tenido el tacto de emprender otro camino, ó no tener ahora la suficiente dosis de prudencia ó caquería para variar de rumbo, pues por la edad, aún tengo tiempo, y ¡qué demonio! si no me considero una lumbrera, tampoco soy un adoquín. ¡Y que me perdonen este rasgo de orgullo los manes de *Azorín* y *Claudio Frollo*!...

Lo que yo he dicho muchas veces, y repito ahora, aunque parezca una inmensa paradoja, es que daría gustoso cinco años de vida por ver al clericalismo español cien veces más triunfante y gallardo de lo que ahora está, con todas sus secuelas de cárceles, hogueras, destierros, confiscaciones, esbirros y Santo Oficio. ¡Oh, el Santo Oficio! Sería mi sueño dorado ver salir en auto

de fe en procesión interminable á toda esta taifa de histriones y far-santes de la política, con las espaldas rezumando sangre, caminito del quemadero, sacrificados por el odio de ese clericalismo á quien sirvieron toda su vida, negándolo porque así les convenía para su medro y lucro. No, no quisiera morirme sin contemplar tan hermoso espectáculo. Después vendría el embargo de sus bienes y fincas, sus cenizas arrojadas al estercolero, su descendencia infamada para siempre, y sus esposas é hijas en brazos vigorosos de un fraile ventripotente.

¡Escribir libros anticlericales! ¿Para quién ni para qué? Al pueblo español le *estorba lo negro*, y á nuestra juventud no le hable usted de libros. Las horas de ocio se pasan mejor en el comedor de una casa de lenocinio, comentando las proezas viriles de otros, ó en la sala oscura de un cine á caza de pellizco en una cadera bien cebada. Los jóvenes eran los que tenían que haber sido nuestros más poderosos y entusiastas auxiliares, y los de hoy no se gastan una peseta en papel impreso, á no ser en esos libritos de á diez céntimos que se venden á escondidas por las inmediaciones del cuerpo de guardia, donde se describe á un husar violando á cincuenta mujeres en una noche, ilustrados con un tosco grabado donde todo es grande, descomunal, grosero é inmundó...

Por eso nuestros libros se pudren en los estantes, no de las librerías, sino de nuestras casas, aunque yo me planté hace tiempo, y como no les escriba libros á estos nenes la señora mamá que los parió, lo que es yo, ya he escrito bastante. Sí, hay que decirlo, porque es la verdad, pese á quien pese: la juventud que llamamos *reaccionaria* y que estoy por decir que es más avanzada que la nuestra, es más entusiasta por sus ideales y protege mejor la obra emancipadora de sus guías y maestros que la liberal y republicana. Y si no haga usted la prueba: mande usted á todos los casinos, casas del pueblo, fraternidades, ateneos, etc., etc., republicanos y liberales, donde hormiguea continuamente un enjambre de jóvenes al parecer entusiastas decididos de nuestras doctrinas y teorías, ejemplares de sus libros, y verá usted lo que vende ni aun á precio de coste. Eso lo hizo alguien cuando á raíz de la semana trágica é imbécil publiqué yo mi libro *El tormento en los conventos*.

No se vendió ninguno, y menos mal donde se pudieron recoger los ejemplares entregados. Créame, amigo Nakens, no publique usted más libros anticlericales: perderá usted el tiempo y el dinero. Hablo por experiencia propia.

Y ahí va una idea que pudiera ser un *filón de oro*. ¿Quiere usted que publiquemos en colaboración una biblioteca *erótica*, donde revolviéramos á todo trapo á Lesbos y á Sodoma? Con el *prestigio* de nuestras firmas, tendría un éxito loco. Piénselo usted...

Como se ve, en ese artículo, aun cuando la intención de *Fray Gerundio* sea otra, resulto yo como un perfecto iluso, soñador incorregible, romántico ridículo, desconocedor de los tiempos que corren y del terreno que piso: en una palabra, un hombre fuera de la realidad.

En el número próximo contestaré á todo lo que en esos artículos se dice. Esta semana me he sentido tan holgazán como un fraile.

Hoy solamente le anticipo esto:

«Conforme con usted en lo de que hay en España pocos anticlericales de verdad; pero convengamos en que esos pocos están conmigo.»

J. N.

Espionaje auxiliar

Un periódico francés cuenta que uno de estos últimos días se encontró en las ropas de un oficial alemán muerto un cuaderno muy curioso, que prueba una vez á cuanto alcanza la «previsión» de los invasores.

Ese cuaderno, impreso en alemán, es una especie de «vade-mecum» igual al que llevaban los muchos viajeros de comercio de casas alemanas que recorrieron poco antes de la guerra los departamentos del Norte de Francia. En dicho cuaderno guían están metódicamente expuestos los detalles más importantes de cuanto hay en las poblaciones del Pas de Calais, del Norte y de la Somme.

Todas las propiedades urbanas y rurales están enumeradas; todas las fábricas, grandes y pequeñas, figuran, así como el nombre de cada dueño, su situación económica, importancia de la producción y número de obreros que en cada una trabajan de ordinario.

Lo mismo detalla las explotaciones agrícolas, la extensión de los terrenos dedicados al cultivo de cereales, de la remolacha, etc.; el número de caballos de que dispone cada arrendador, así como el de vacas y bueyes; la importancia de los gallineros, de los criaderos de cerdos, de los rebaños de ovejas, de las huertas, herramientas de trabajo y, en suma, de todo aquello que conviene conocer á quien trata de recorrer un territorio con el deliberado propósito de vivir sobre el país.

Esta curiosa obra fué repartida profusamente á los soldados del kaiser, y no se puede dudar, dados

los hechos conocidos, de que aprendieron pronto y bien las útiles lecciones que en ella se contienen.

Libro nuevo

Dionisio Pérez, el célebre periodista, acaba de publicar un libro titulado: *España ante la guerra*. A él pertenece el artículo siguiente:

El fracaso de Europa

Para muchos de nosotros, para centenares y aun millares de españoles, la palabra «Europa» era una cosa sagrada, una patria espiritual, una ideal Sión hacia la que queríamos caminar y hacia la que queríamos acercar á nuestra patria natural, España. De allí nos venía la luz de toda cultura. Los químicos, los médicos, los ingenieros, los escritores, cuantos dedican su vida á especulaciones intelectuales, habíamos sentido compendiado nuestro pensamiento en la frase de Costa, y un calificativo de *Silmerón*—en quien no se estimó nunca el alto merecimiento de haber sido uno de los mayores renovadores de nuestro idioma,—nos reveló, como un rayo de sol, nuestra verdadera situación espiritual. Eramos la caravana que cruzábamos hacia un lejano horizonte, á través de un país retardatario.

Este país no era un arrenal despojado donde si podía horadarse un pozo abisinio surgiría alrededor el oasis; no era una meseta tártara donde si pudiéramos recoger y encauzar las torrenteras por donde el agua viva se escapa, la caravana podría acampar y crear el poblado, y convertirlo luego en ciudad, y vivificarla con una civilización. Este país retardatario nuestro era un país poblado y civilizado, con una tradición de glorias históricas y con la plenitud en sus leyes y en sus organismos de los principios jurídicos, políticos y sociales modernos. No podíamos crearlo á medida de nuestro ensueño, puesto que ya existía, ni á medida de nuestro ensueño podíamos transformarlo, precisamente porque siglos de inercia espiritual le habían paralizado y anquilosado. En las leyes y en la organización teníamos todos los progresos, y en la realidad viva todos los atavismos. Así, nuestra vida europea era una ficción, una apariencia.

Tenemos la escuela, y el pueblo es analfabeto; tenemos la universidad, y el profesionalismo estudiantil no existe; tenemos el sufragio y sirve para sustentar las oligarquías políticas más monstruosas, puesto que también las hay fuera del régimen; tenemos el jurado, y el pueblo ha perdido toda fe en la justicia; tene-

mos un tercio del territorio por cultivar, y los braceros emigran á manadas; se prueba nuestra incapacidad colonial, y emprendemos la conquista de Marruecos. Toda la vida nacional queda reducida á una perpetua contradicción entre las palabras y los hechos, entre las leyes y la realidad. Contra esto se estrecharon las predicaciones de Joaquín Costa, de Macías Picavea, de Ganiwet, de cuantos quisieron desenterrar el alma española y vivificar con ella de nuevo nuestra raza. Nuestra política y nuestra burocracia, entregadas á los más ineptos, se han opuesto tercamente á toda renovación. Por eso soñábamos con Europa; por eso la mirábamos como un horizonte de promisión, hacia el que queríamos caminar aceleradamente á través de nuestro país retardatario; por eso amábamos á Francia, á Inglaterra, á Alemania, de donde nos venía toda luz de cultura y todo estímulo de libertad, y las amábamos sin dejar de ser españoles; mejor dicho aún, precisamente por ser buenos españoles y adorar el ensueño de crear una España mejor.

Habíamos logrado contagiarnos con esta inquietud espiritual á toda la intelectualidad española y parecía ya que el pensamiento regresivo de nuestra política, más que retardaría, parasitaria, había de perdurar poco tiempo detentando y contentiendo la orientación de la vida nacional. Y esa evolución ó esa revolución que se gestaba providencialmente en el alma de la raza, tenía por única bandera una palabra: «Europa.»

¿Advierte el lector en esto la causa íntima de por qué ante la guerra se siente, sin saber cómo, movido de secretas simpatías ó animadversiones, francófilo ó germanófilo ó anglófilo y hasta rusófilo? Pero esa guerra cruenta que se inicia entre perfidias diplomáticas que han conseguido ocultar la voluntad que la provocara y que se declara con la intención claramente confesada por uno y otro beligerante, de no terminarla sin que quede exterminado uno de aquellos países, con su cultura, con sus industrias, con sus riquezas, con cuanto representa en el progreso humano; esa guerra es el fracaso y la quiebra de la Europa que nosotros amábamos y á cuya vida de Derecho, Justicia y Trabajo queríamos aproximar á nuestra España. Así sólo los políticos—porque los políticos no ven más que el interés inmediato—y cuantos con la literatura periodística completan y sirven la obra estéril de la retórica parlamentaria, pueden alentarnos con sus informaciones, sus comentarios y sus augurios á que seamos francófilos ó germanófilos ó anglófilos.

No. Ante la tremenda conflagración que ya ha destruido una nacionalidad tan simpática como Bélgica, destruida igualmente por los que la han atacado como por los que la han abandonado á sus propias fuerzas, los españoles no debemos ser más que españoles y, algo más aún, españoles fervorosos.

De nuestra generación no hay un sólo hombre que no recuerde con dolor y con ira aquel gesto de impasibilidad fría y estóica con que Europa vió á España calumniada, desgarrada y vencida. Cuando se bombardeaba é incendiaba nuestros viejos barcos de madera en la bahía de Cavite, cuando se asaltaba nuestro Santiago de Cuba y se rendían nuestros soldados extenuados por la fiebre; cuando se hundía en el mar á cañonazos de una poderosa flota nuestra escuadra, que era una ficción; cuando en París se nos obligaba á firmar un Tratado sin discutirlo, ¿qué palabra de aliento, de consuelo, de defensa tuvo la prensa inglesa ó francesa ó alemana para nosotros? ¿Qué Gobierno, ni político europeo quiso ampararnos ni ayudarnos? Fué entonces cuando nos llegó de Inglaterra la predicción de la total ruina y acabamiento de las naciones mediatizadas.

Y ese mismo gesto de impasibilidad fría y estóica, aprendido de Europa, debiera ser en cada español la medida de su neutralidad. La pasión, el entusiasmo, incluso la ira y el odio contra aquel beligerante que no nos sea simpático, debemos reservarlo para nosotros mismos, para nuestra vida interior, para aprovechar este momento único é intentar utilizarlo en reconstituir la España nueva con que soñamos hace quince años, sin haber logrado convertir en realidades nuestras ficciones, nuestra cultura, nuestra democracia, nuestra justicia, nuestro derecho ciudadano, nuestra personalidad nacional.

Sin culpa ninguna nos llegan los daños reflejos de la guerra: contracción del crédito, disminución de la exportación, paralización de industrias, falta de trabajo. Justo es que intentemos buscar reflejamente también los provechos que la contienda pueda darnos. Los que, francófilos ó germanófilos, crean que esto es egoísmo, es que no saben lo que es sentido común.

Españoles y españolistas para saber vencer en la guerra nuestra. Porque, incruentamente, también nosotros tenemos enemigos con quienes luchar y adversarios que vencer. Ya en Barcelona la crisis industrial ha lanzado á la calle millares de obreros que piden trabajo y pan; de las cuencas mineras de Andalucía y Vizcaya comienzan á huir los obreros que van á agravar la es-

casez de jornales en las ciudades contiguas. Si la conflagración europea dura unos cuantos meses, todos los esfuerzos que hagan el Gobierno, el Parlamento y el Banco de España, en el caso de que sepan hacerlos, para restablecer el equilibrio del crédito y la normalidad del trabajo serán inútiles. España debe saber que para ella el riesgo del hambre con sus trágicas amenazas, no es un peligro fantástico, sino una muy posible realidad. Frente á eso, ni Europa puede seguir siendo para los intelectuales un ideal, ni es cosa de que nuestros escritores y nuestros lectores se entretengan estérilmente en ser francófilos ó germanófilos ó anglófilos. No, sino españoles todos, y á rehacer España y á defenderla de los riesgos que ha de correr y de los daños que ha de recibir.

Y luego, cuando la guerra acabe, será llegada la hora de que continuemos nuestra peregrinación hacia ese ideal de Cultura y de Derecho que antes llamábamos «pensamiento europeo» y que es posible haya que confirmar con nombre nuevo, cuando hayamos visto qué imperialismo vence y qué raza será la que sirva de guía á la nueva Europa.

DIONISIO PÉREZ

Si para muestra basta un botón vayan mis lectores pensando en cuánto valdrá el libro, aunque sólo se venda á dos cincuenta en las principales librerías.

EL JURADO EN LA PICOTA

FOLLETOS DE «IMPERATOR»

De «Imperator» precisamente, no es el folleto, al cual dedico estas líneas; lo ha escrito otro amigo mío y pensador hondísimo, culto entre los cultos, Edmundo González Blanco, en forma de reseña de las opiniones emitidas acerca de «Quintus Scipio Imperator» y de su labor contra el Jurado.

Alguien pensará que á este escritor le aqueja la manía del Jurado; yo le diré que «Imperator» nada tiene de maniaco, pero si le hubiera dado el naípe ó el capricho por ahí, combatir sin tregua el Jurado, principalmente el que padecemos los españoles, yo le alabara el gusto y le riera la gracia, á título de bienhechor nuestro.

Ojalá que hubiera tantos maniáticos terneros é inteligentes, cuantos son los errores del liberalismo, á cuya extirpación debemos todos contribuir, porque más daño hacen que los errores de la reacción, ya muy conocidos y generalmente rechazados; mientras que éstos de nuestra

casa, por residir en ella, la tienen destrozada.

Sí; como todo lo humano, el liberalismo contiene errores; los hay en todas las religiones, sin exceptuar una; existen á montones en el militarismo, en el imperialismo, en las teorías de los absolutistas, en las de cuantos filósofos han sido, en los libros de los historiadores, en los de los hombres de ciencia... El liberalismo no había de formar una excepción.

En toda secta ó cuerpo llaman hereje al que llega á conocer y á discutir los errores y las deficiencias internas, al que no se cree allí en la mejor de las comuniones posibles. Yo he sido, pues, hereje en todas partes, á pesar de mi natural pacífico y transigente, enemigo de discordias; hereje en mi familia, toda ella clerical; hereje como era posible, en las aulas; hereje en el clero; hereje en el periodismo y en la Asociación de la Prensa; hereje, también, dentro del campo liberal y en medio del apartado republicano.

El liberalismo ha patrocinado errores; la adoración al municipio, el supuesto de que las mayorías han de tener razón; el exagerar ciertas autonomías; la cantinela de que la libertad cura las heridas que pueda hacer; la inmunidad del catedrático irresponsable, el reconocimiento de tanta libertad á los enemigos de ella como á sus adoradores, y... como á los comerciantes que roban y envenenan al público tras de otra inmunidad: la del mostrador.

El liberalismo ha pecado de exageradamente individualista, por lo que el socialismo casi dejó un día de ser liberal; en cambio, mientras despojaba al Estado de facultades muy necesarias, le investía de otras inaguantables. Del liberalismo son el malhadado servicio militar obligatorio; la manía de multiplicar las Asambleas, haciendo parodias de las Cortes al Municipio y á la Diputación provincial. ¿Y sus torpezas en el concepto y práctica de la desamortización? ¿Cómo nos han empobrecido! ¿Qué asquerosa plutocracia han creado!

En la administración de justicia, el Jurado es la calamidad liberal. Y «Scipio Imperator» parece decidido á combatirlo aquí, como Brandanagh el juramento en la Cámara inglesa de los Comunes; como Naquet el matrimonio indisoluble en Francia; como yo impugno el clericalismo. Hace falta, repito, un Quijote, y á mucha honra, para cada error nacional, y diez para cada uno de los en mal hora albergados en el campo liberal.

Siempre recordaré asqueado á aquel niño grande, por no llamarle cretino con Pi y Margall, á aquel ilusionista de la política, á Castelar,

cuando, atacado del bacillus reaccionario y católico, que le hacía, como á Canalejas, ir á misa mayor cargado con un enorme devocionario, gritaba: ¡«Estoy hastiado de la libertad»!, como un marido, ¡hablar él de maridos! al cabo de muchos años de poseer á su señora... Apenas me llamo Pedro Liberal, decía hablando en imbécil.

Y todo ¿por qué? ¡Enorme contradicción! porque la Regencia adoptaba forzosamente, interesadamente, tres ó cuatro apariencias, nada más que apariencias, de liberalismo, entre ellas, y para Castelar las dos fundamentales, el sufragio universal y... ¡el Jurado!

¡Hola! ¿Estás hastiado de libertad y te entusiasma que la Monarquía, por lo menos, la simule? ¿O crees, si aún la amas, que se cifra sólo en el sufragio falseado y en el Jurado corrompido?

Y con las glorias, no veía el espíritu inquisitorial de la Regencia, que lo iba invadiendo todo... No, no lo vió hasta mucho después, aunque ante sus ojos había pasado: no lo vió hasta que se halló con un pie en la sepultura.

Como él hay tantos que se creen avanzadísimos, y ¡oh el Jurado! ¡Preciosa conquista! Sí, para los golillas, que pronto aprendieron á manejarlo en su provecho; para agravar otro error calamitoso del liberalismo, que lo copió de la Iglesia: la lenidad con el delito común, por si sus honorables autores estaban enfermos...

El Jurado, condenando gente honrada por haber escrito contra los curas, y absolviendo libremente á criminales sin atenuante alguna en su favor, ha correspondido al entusiasmo de la liberal candidez.

—¿Va usted á sentarse en el banquillo en la Audiencia de Barcelona?— me decían varios periodistas republicanos—; marche tranquilo; delito de injurias al clero y causa de Jurado, absolución segura. Y, en efecto, un Jurado de carlistas me condenó á siete años de presidio: el Jurado era la obra del liberalismo, destructora del liberalismo.

¿Que no he escrito aún ni una sílaba referente á lo que dice González Blanco en este folleto? Ni la escribiré; que lo lean. D. Edmundo, en el trabajo aludido que insertó cierta revista, hizo, y ahora amplía un resumen de cuanto se había publicado hasta entonces (Septiembre 1914), sobre los opúsculos de «Imperator». Claro es que en ese ramillete hay también flores del que lo formó, y que valen mucho; como suyas. El conjunto, estimabilísimo; porque si bueno es lo que «Imperator» ha escrito, digno de saberse, luminoso y notable es la mayor parte de lo que

de esa obra se ha dicho: he ahí el mérito de este último librito.

Amigo «Imperator», ¡adelante sin desmayar jamás! ¡Duro con esa plaga, con ese espantable fracaso del liberalismo irreflexivo!

JOSÉ FERRANDIZ

DE INTERÉS NACIONAL

Atropello en puerta

La Asociación que suscribe, expresamente constituida para contrarrestar los abusos que la mayor parte de las Compañías de servicios públicos cometen con sus clientes, lleva dos años de no interrumpido batallar, haciendo frente á los atropellos que el *trust* de electricidad de Zaragoza comete con este vecindario.

En síntesis, estos abusos principalmente, son:

1.º Privar de energía á los abonados por motivos fútiles, es decir, no por falta de pago, contra lo que dispone el Real decreto de 7 de Octubre de 1904.

2.º Retener fianzas que en relación á las cantidades consumidas son quintuples y hasta décuples, sin abonar el interés legal.

3.º Exigir un *mínimum* de consumo de cinco kilowatios cada mes, equivalentes á tres pesetas, faltando á lo que dispone el Real decreto de 25 de Octubre de 1907.

4.º Exigir además un *mínimum* de una peseta, en concepto de *excitación del contador*, contraviniendo también el expresado decreto, que dispone que «las Compañías suministrantes de fluido por medio de contadores no podrán exigir á sus abonados mayor cantidad que el importe de las unidades consumidas, según dicho aparato, y reintegrarán á aquéllos las cantidades que por *mínimum* mensual ú otro concepto hayan cobrado de más del importe del fluido consumido y por adelanto de los contadores mayor del 6 por 100.»

En vista de tales abusos, esta Asociación agrupó un buen contingente de consumidores y entabló reclamaciones por la vía judicial primero y más tarde por la gubernativa, consiguiendo resoluciones del todo favorables, pues tanto los jueces como la primera autoridad civil de la provincia, fallaron que no había lugar al cobro del «*mínimum*» de consumo y que no puede privarse de luz á cuantos consumidores estén al corriente en el pago de sus recibos, por tratarse de un verdadero servicio público, sujeto á una legislación especial.

No obstante, el *trust* de las Eléctricas recurrió en alzada al señor ministro de Fomento, de cuyo acuerdo está pendiente la resolución defi-

nitiva del asunto. Sería un agravio, que estamos muy lejos de inferir al señor Ministro de Fomento, suponer que no iba á fallar el asunto con criterio tan recto y justo como lo han fallado los integérrimos funcionarios que actúan en Zaragoza.

Todo esto parece que tiene tan sólo un interés local si no fuera acompañado de una segunda parte que afecta á todos los consumidores de gas y de electricidad de España, sobre los que pesa una grave amenaza que luego va á evidenciarse, y al hacer tan rotunda aseveración requerimos el concurso de toda la prensa española que tenga independencia económica para que coadyuve en evitación del atropello que se pretende perpetrar.

Muy recientemente, y como consecuencia de nuestra campaña, las Sociedades suministrantes de energía eléctrica celebraron en Madrid, por iniciativa de las «Eléctricas Unidas de Zaragoza», una Asamblea Nacional de productores.

Entre otros acuerdos se tomó por unanimidad solicitar del señor Ministro de Fomento la derogación de cuantas disposiciones amparan el derecho de los consumidores, y más particularmente la del citado Real decreto de 25 de Octubre de 1907, disposición que por lo justa y previsora honra á su autor el Sr. González Besada, y cuyo preámbulo dice así:

«Con objeto de evitar el abuso seguido por algunas Sociedades de exigir el pago de un minimum mensual de fluido y el 10 por 100 de su importe en concepto de impuesto al Estado, sin ser utilizado por el consumidor, porque sería ir en contra de las razones y fundamentos que se han tenido en cuenta para crear el servicio de Verificación de Contadores, por cuanto el consumidor no satisfaría el importe de la cantidad de fluido consumido, según el contador, sino el minimum mensual que las Compañías le señalasen, y sería opuesto también á la Ley y Reglamento de 18 y 22 de Marzo de 1900, que concreta el impuesto de 10 por 100 al Estado sobre el importe del fluido consumido...»

El público comprenderá que la desaparición de ese Decreto vale tanto como entregar atados á los consumidores de gas y electricidad para que sean pasto de la voracidad de unas cuantas Compañías que, como la de Zaragoza, pretenden cobrar en cabeza ajena sus errores técnicos y administrativos, y esto ni debe ni puede ser, porque á todos interesa que tanta arbitrariedad no se consuma.

La clase patronal está interesada en ello, pues si la percepción del consumo mínimo fuera legal, pagaría, como pagan los industriales de

Zaragoza, diez, veinte y hasta cincuenta pesetas como minimum por cada motor, aun cuando sus contadores no marquen cinco pesetas de consumo.

Igual consideración puede hacerse con respecto á la clase obrera que, en Zaragoza, v. g., tiene que iluminar sus viviendas con el clásico candil de la Edad Media, porque el trust de electricidad exige ilegalmente el pago de un minimum de cuatro pesetas más los impuestos, aunque sólo se consuma un kilowat mensual de energía eléctrica.

Con el empleo de la lámpara de filamento metálico, que economiza respecto á su congénere de carbón más de un 75 por 100, todos los trabajadores podrían iluminar sus moradas más económicamente que con el empleo de velas, petróleo, etc., aunque se exigiera el exorbitante precio de sesenta céntimos kilowat que rige en Zaragoza, frente al de 40, al de 30 ó al de 20 establecido en Madrid, en Pamplona y en Barcelona, respectivamente.

Por todo esto, ante perspectiva tan grave, hacemos un llamamiento á todos los consumidores españoles para que, imitando nuestra conducta, dirijan al Gobierno, postal ó telegráficamente, una comunicación solicitando mantenga el Real decreto Besada, dando orden á todos los verificadores de contadores eléctricos y de gas para que se cumpla estrictamente.

Por la Asociación Defensa Popular del Vecindario, *El Presidente*, J. ECHEVARRÍA.—*El Secretario*, V. SARRÍA.

Zaragoza, 28 Noviembre 1914.

LAS FLORES DE LA GUERRA

El cañón, razona

«El cañón tomará la palabra cuando la haya dejado el último ciudadano.»

UNA FRASE

Regla que ha de seguirse en las guerras futuras para preservar de los bombardeos los grandes monumentos artísticos.

El otro día iba yo muy triste por la calle, bastante apesadumbrado por lo sucedido á la catedral de Reims, cuando quiso mi buena suerte que hallara á mi amigo el arquitecto joven más salado de España. Entre los dos se entabló este corto diálogo:

El.—¿Por qué estás triste?

Yo.—Hombre, eso que destruyan la catedral de Reims, aquel ábside incomparable, aquellos arbotantes que son una sinfonía...

El.—La culpa la tienen los franceses, que hoy como ayer como maña-

na serán los hombres más imprevisores de la tierra.

Yo.—No lo creo así. Primero pusieron el pabellón de la Cruz Roja en una de las torres; después, convirtieron la gran nave en hospital de alemanes; además, escrito está en la Convención...

El.—Pues se dejaron lo mejor: es decir, el único medio de salvar tan insustituible edificio.

Yo.—¿Cuál? Porque no se me alcanza...

El.—Tú has estado en la guerra y sabes que el mal de males no es el de las ba'as, ni el de la fiebre, sino el hambre ó el temor á tenerla, que en la mayor parte de las veces es peor.

Yo.—Bueno; pero ¿dónde vas á ir á parar...?

El.—A Reims, no te apures. Si los franceses hubieran establecido, al retirarse, en la catedral un almacén de víveres, la catedral seguiría hoy en pie y tal como la describe Viollet le Duc.

Yo.—De modo que tú crees que el arte puro no sirve para...

El.—Creo en los estómagos agradecidos. Creo en que si los alemanes ó los chinos ó el diablo hubieran encontrado sorpresa tan agradable, tan nueva y tan moderna en edificio tan viejo, siquiera por agradecimiento hubieran dejado pasar á la posteridad el edificio tan bello que concibiera el honrado Roberto de Couci.

Yo.—Luego para que un edificio bello pueda ganar la eternidad no hay otro remedio que convertirlo durante las guerras en fábrica de conservas ó almacén de comestibles.

El.—Cierto. Las piedras no se comen. Bastan el hambre y malhumor consiguiente de un capitán de batería para que vuele una obra maestra. El hambre no gusta de las torres, es igualitaria.

Yo.—No dejaría de ser gracioso leer en el Código Internacional de Marteus un artículo concebido de este modo.

EUGENIO NOEL

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y los buenos perseveren,

ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

CELEBRES Y OSCRIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN,"

FOR

José Nakens

Dios ante el sentido común

PRECIO: UNA PESETA

EL DINERO DE LA IGLESIA

POR

ROBERTO ROBERT

(CONCLUSIÓN)

Abolidas las comunidades religiosas después del suceso de 1835, parece que ya debería ir por otras corrientes todo el dinero que iba á parar á ellas.

Pues para que se vean los sobre-naturales orígenes y la naturaleza de cuanto pertenece á la Iglesia, nótese que las comunidades, que dejaron de existir de hecho desde entonces, y todavía nos cuestan el dinero.

**

Aún en el año de 1865 existían en España 7.003 frailes exclaustrados que cobraban *doce millones cuatrocientos mil doscientos cuarenta* reales.

El lector supondrá, con razón, que los muchos exclaustrados fallecidos durante los treinta años que mediaron entre el de 1835 y el de 1865, poco á poco, muy poco á poco, fueron rebajando la cantidad de dinero que íbamos pagando á los eclesiásticos. Pero aun suponiendo que ningún año hubiéramos pagado más que el que mencionamos en el párrafo anterior, resultaría que en treinta años habrían ido á parar á los que no tenían más atractivo que haber pertenecido á la Iglesia, los reales siguientes: TRESCIENTOS SETENTA Y DOS MILLONES SIETE MIL DOSCIENTOS.

**

Recuerdo que durante largo tiempo el español por una carta sencilla pagaba cuarenta y seis maravedís.

Doce de esos maravedís se pagaban para carreteras.

¿Ni uno sólo quería emplearse en un uso tan bajo! ¿Creerán ustedes que por la fuerza de la costumbre iban á parar á los exclaustrados y al clero secular?

Pues créanlo, que ambas corporaciones lo afirman.

Lástima da, sin embargo; lástima da ver hoy la pobreza relativa de la Iglesia.

Su deplorable estado de abatimiento, comparado con el esplendor de que gozara, arranca amargas lágrimas...

Pero no á mí: entendámonos.

A mí me tiene sin cuidado; en prueba de ello, vean ustedes con qué buen humor me pongo á hablar de otra cosa.

La honestidad

Entonces (dice D. Quijote contemplando el puñado de bellotas), entonces sí que andaban las simples

y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trenza y en cabello...

«Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señeras, sin temer que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen...»

No puedo leer nunca el delicioso capítulo XI de la primera parte de aquel inagotable libro, sin echar de menos las pacíficas y honestas costumbres de los piadosos siglos.

El señor en su castillo, el villano en su rincón, el monje en su celda, la barragana con su clérigo... ¡una balsita de aceite!

..

De los sentimientos piadosos eran espejo las costumbres, y de las costumbres, las letras; el lenguaje era culto y expresaba siempre lo bien compuesto de los ánimos.

Y, sobre todo, había una sencillez y una lealtad...

Por ejemplo: hay un romance de una bella enamorada, que comienza:

En Castilla hay un castillo
que se llama Rocafrija;
al castillo llaman Roca,
y á la fuente llaman frija.

..

Esto último no alude á la enamorada, que no era roca ni tenía nada de frija.

Al contrario: la chica sólo de oídas se enamora del caballero Montesinos, y calla su amor honestamente.

Pero cuando ya no puede callar, estalla una noche, prorrumpiendo en grandes voces; despierta á su camarero; le da unas cartas para el donado Montesinos, que está en Francia, y con las cartas el recado siguiente:

Dile que me venga á ver
para la Pascua florida;
daréle yo este mi cuerpo,
el más lindo de Castilla,
si no es el de mi hermana
(¡de mal fuego sea ardida!);
y si de mí más quisiere,
yo mucho más le daría:
darle he siete castillos,
los mejores de Castilla.

..

¿Puede darse más sencillez, más buena fe, y sobre todo mayor liberalidad?

En este siglo miserable no hay moza, por rica que sea, que fuese capaz de dar su lindo cuerpo y siete castillos á un desconocido.

..

Al que más aman le exigen matrimonio, y carta dotal, y pejiaguera...

Entonces todo era corazón y rumbo, y una encatadora llaneza; porque la infanta descubre al camarero se-

cretos tan íntimos, que parece tratarle como á un padre.

Pero volvamos á la honestidad.

..

Sin embargo, no es justo que dejemos sin elogio la modestia de la niña. Ninguna se hallaría hoy que, siendo muy hermosa, confesara tan espontáneamente que más lo era aquella hermana suya de quien dice: ¡de mal fuego sea ardida!

Esta declaración de que desea ver arder á la hermana, debe bastar para que se entienda lo convencida que estaba de su inferioridad la bella enamorada de Montesinos, con vencimiento que sólo con una modestia suma es compatible.

..

En cuanto al leve episodio de desear la muerte de la dicha hermana, debe considerarse como una impremeditación, como un extravío pasajero y no característico de los siglos piadosos.

Si vamos á esto, también el enamorado D. Grifos, al decirle su amada doña Alda que tiene el marido de caza en los montes de León, exclama:

Si á caza es ido, señora,
cáigale mi maldición;
rabia le mate sus perros,
¡guilillas el falcon;
lanzada de moro izquierdo
le traspase el corazón.

Cosas que únicamente se decían en momentos de arrebató, y aun sólo en aquellos brevísimos instantes en que la pasión vehemente se sobreponía al influjo del catecismo de la doctrina cristiana.

Pero aun entonces había la ventaja de que á lo menos cada cual expresaba lealmente su sentir.

..

Se pensaba y se hablaba con llaneza, lo cual suple á muchas buenas prendas.

Hoy no se recitaría sin hacer aspavientos aquel trozo de romance de Bernardo del Carpio, que hablando de éste y de la infanta doña Jimena, dice:

Muchas veces fueron juntos,
que nadie lo sospechaba;
de las veces que se vieron
la infanta quedó preñada.

Y, sin embargo, esto se recitó en plazuelas y en palacios, y de viva voz lo aprendieron los españoles, sin necesidad de la imprenta, para irlo transmitiendo á las sucesivas generaciones.

..

Y si las infantas eran ó no modestas y al par sencillas, díganlo la de Rocafrija y la que acabamos de mentar; y si además expresaban con sencillez sus pensamientos, dígalos la

fsusodicha de Rocafrida y la otra infantina cuando exclama:

Tiempo es ya, el caballero,
tiempo es de andar de aquí,
que me crece la barriga
y se me acorta el vestir.

¡Y hoy día cualquiera remilgada corsetera, y acaso hasta alguna ribeteadora, creería valer menos si pronunciase *barriga*!

Escrúpulos que entonces no se conocían, sin que por eso dejasen de reinar la honestidad y los cristianos sentimientos.

..

Y no sólo la franqueza, sino la gracia conque las personas se confiaban sus sentimientos. eran encanto singular de otros siglos.

El conde Claros se presenta á la inocenta infanta Claranña.

La criatura, hechizada, digámoslo así, de verle, exclama candorosamente...

Pero más vale dejarles hablar á entrambos:

—Conde Claros, conde Claros,
el señor de Montalvan,
¡cómo habéis hermoso cuerpo
para con moros lidiar!

—Mejor le tengo, señora,
para con damas holgar.

Así responde él; y ¿respondería así, á no saber de cierto que la infanta no se había de incomodar por ello?

Imposible; las leyes de la cortesía no se quebrantaban entonces fácilmente, y la expresión de las ideas más recónditas se conciliaba con el mayor decoro; ¿qué más se podía desear?

..

¿Y quién no recuerda la honesta sencillez conque se relata lo de la enamoranda Melisenda con el conde Ayruelo?

¡De aquella, á quien
amores del conde Ayruelo
no le dejan reposare!

A deshora de la noche, la angustiada hija del emperador
salto diera de la cama,
como la parió su madre;
corre á sus doncellas, las despierta,
las refiere sus cuitas, y dice el romance:

Allí hablara una vieja,
qu'es vieja de antigüedad:

—Agora es tiempo, señora,
de los placeres tomare,
que si esperais á vejez
no vos querrá un rapace.
Esto aprendí siendo niña,
y no lo puedo olvidar,
el tiempo que fui criada
en casa de vuestro padre.

..

Esta sencilla reflexión de la vieja, el ansia del verdadero amor, y el respeto y obediencia conque en-

tonces eran seguidos los consejos de los ancianos, son suficientes para que la infanta, á medio vestir, se dirija inmediatamente al cuarto del conde: halla al paso un alguacil de su padre, que al verla le muestra su sospecha de que padezca mal de amores, ella se excusa conque va á cumplir una novena que ofreció hacer en una enfermedad siendo niña, y le dice además que le preste su puñal, porque le dan miedo los perros de la calle; el alguacil se lo pone en la mano, ella se lo mete á él en las entrañas, y le deja muerto. Sigue su camino hacia los aposentos del conde, y como éste duerme á puerta cerrada, la pobre tiene que llamar. |

El conde pide socorro, temiendo que sus enemigos tratan de matarle, y ella por la cerradura con tristísima voz le dice:

No te congojes, señor,
no quieras pavor tenere,
que yo soy una morica
venida de allende el mare.

El por la voz la conoce, salta de la cama, abre la puerta, la coge de las manos, y...

Vamos, no me digan, que tiempos como aquellos no volverán ya.

..

Un autor famoso en España, y muy estimado por cierto por su buen juicio, niega que los tiempos pasados fuesen mejores.

Yo no diré que los tiempos mejores fuesen los miles de años anteriores al cristianismo.

Tampoco aseguraré que los mejores fuesen aquellos en que se persiguió y crucificó á Jesús.

Y es claro que tampoco pudieron ser los mejores aquellos largos siglos en que cada día se celebraba una degollina de cristianos.

Nuestro autor dice:

«Celebranse los tiempos antiguos, y se abomina el presente.

»Dícese que entonces reinaba la virtud, ahora el vicio; que la justicia, la verdad, la continencia, la moderación, hicieron su papel en otros siglos, en cuyo lugar sucedieron al teatro del mundo, para representaciones trágicas, la codicia, el engaño, la incontinencia, la usurpación, la tiranía, con todas las demás pestes del orbe.»

Y es claro que fué así; yo no podré decir cuándo; pero hubo tiempos en que florecieron las virtudes; hubo siglos piadosos, y sin duda en aquellos siglos los hombres hubieron de ser excelentes.

Porque lo uno se deduce de lo otro.

Cuando la invención de las hostias sangrientas, y las dos túnicas inconsútiles, y la lágrima de Cristo recogida por la Magdalena en una botella y conservada por espacio de

diez y siete siglos, producían dinero, ¿no es verdad que había de reinar el más sencillo candor en los corazones?

..

Pero nuestro autor añade:

«Quisiera que se me dijera qué siglos felices fueron esos en que reinaron las virtudes. Búscolos en las historias, y no los encuentro. ¿Qué alevosía más circunstanciada que la de Caín y Abel? No menos entre los hombres que entre los ángeles se observa gigante el vicio desde su propio nacimiento.»

Perdonemos al autor sus errores involuntarios, pero notables en un hombre tan religioso y criado en un convento.

Pues ¿quién duda que cuando tres ó cuatro señores vejaban, oprimían, robaban y mutilaban á millares de vasallos, éstos ejercitaban mucho más que hoy la paciencia cristiana?

Y cuando el caballero, al ausentarse de sus tierras, cerraba con candado el tesoro del honor conyugal, ¿no es evidente que la honestidad padecía menos que en nuestros tiempos?

Y cuando sólo había riquezas en las abadías y palacios, ¿no es claro como la luz que la gran mayoría de los hombres no podía entregarse á la pasión del lujo corruptor?

..

Esto no es discutible.

Dejémoslo, pues, á un lado, y volviendo al camino que habíamos emprendido, paguemos el justo tributo á la honestidad de los pasados tiempos.

Esta era tal y tan firme, que nada la quebrantaba.

Se encuentran casos...

Por ejemplo: el romance de don Galván y la infanta empieza diciendo:

Bien se pensaba la reina
que buena hija tenía,
que del conde don Galván
tres veces parido había.

Ni más, ni menos.

Ahora bien: de toda aquella época no recuerdo haber leído de ninguna otra hija de reina que hubiese tenido tres hijos del conde D. Galván.

Y el encontrar una sola en tan larga serie de años, ¿no prueba que ninguna de las demás se había hallado en igual caso?

..

En este romance hay lo bastante para destruir muchas calumnias contra los buenos tiempos.

Porque llega el día en que á la reina le sucede una cosa semejante á la del villano ennoblecido, el cual descubrió que había estado cuaren-

(Continuará.)

Imprenta, Mor serrat, 7.